

DANIEL INNERARITY

Política para perplejos

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2018

© Daniel Innerarity, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B. 449-2018
ISBN: 978-84-17355-00-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Sara, que ha sabido luchar por lo que
quería en vez de limitarse a esperarlo.*

INTRODUCCIÓN

La política en la era de la incertidumbre

Si hubiera que sintetizar el carácter del mundo en el que vivimos yo diría que estamos en una época de incertidumbre. Los seres humanos de sociedades anteriores a la nuestra han vivido con un futuro tal vez más sombrío, pero la estabilidad de sus condiciones vitales –por muy negativas que fueran– les permitía pensar que el porvenir no les iba a deparar demasiadas sorpresas. Podían pasar hambre y sufrir la opresión, pero no estaban perplejos. La perplejidad es una situación propia de sociedades en las que el horizonte de lo posible se ha abierto tanto que nuestros cálculos acerca del futuro son especialmente inciertos.

El siglo XXI se estrenó con la convulsión de la crisis económica, que produjo oleadas de indignación pero no ocasionó una especial perplejidad; contribuyó incluso a reafirmar nuestras principales orientaciones: quiénes eran los malos y quiénes éramos los buenos, por ejemplo. El mundo se volvió a categorizar con nitidez entre perdedores y ganadores, entre la gente y la casta, entre quién manda y quién padece a los que mandan, al tiempo que las responsabilidades se asignaban con relativa seguridad. Pero el actual paisaje político se ha llenado de una decepción generalizada que ya no se refiere a algo concreto, sino a una situación en general. Y ya sabemos que cuando el malestar se vuelve difuso provoca perplejidad. Nos irrita un estado de cosas que no puede contar con nuestra aprobación, pero todavía más no saber cómo identificar ese malestar, a quién hacerle culpable de ello y a quién confiar el cambio de dicha situación.

Alguien podría objetar que no faltan, sin embargo, quienes se muestran absolutamente convencidos de algo incluso en medio de este desconcierto general. Efectivamente, el final de las certezas no sólo es compatible con que algunas evidencias se vuelvan especialmente agresivas, sino que ambas cosas pueden estar conectadas. Que haya incertidumbre general se compensa con unas supuestas evidencias que se vuelven toscas e incluso amenazantes.

Pensemos en tres asuntos de naturaleza muy difícil de determinar, pero que algunos manejan sin el menor índice de asombro: el pueblo, los expertos y la identidad. Cada vez resulta más complejo identificar lo que el pueblo realmente quiere, se cuestiona más la autoridad de los expertos y tenemos una identidad, por así decirlo, menos rotunda. Pero esto no impide que se multipliquen las apelaciones a zanjar nuestros debates por algún procedimiento que deje fuera de dudas cuál es la voluntad popular, los expertos imponen sus recetas económicas con una determinación que parece desconocer sus recientes fracasos y se restablece la divisoria entre nosotros y ellos de manera meridianamente clara.

No quiero decir que estas tres cosas no existan, sino que son conceptos cuya invocación no nos resuelve definitivamente ningún problema porque concretarlas es un asunto político. Como otros conceptos similares, se invocan legítimamente, pero hay que considerarlos construcciones políticas y no datos innegociables. Lo que la política pretende es que estos conceptos y otros similares no sean armas arrojadas, sino asuntos controvertidos pero sobre los que es posible lograr un compromiso político. El objetivo de la política es conseguir que la voluntad popular sea la última palabra, pero no la única, que el juicio de los expertos se tenga en cuenta, pero que no nos sometamos a él, que las naciones reconozcan su pluralidad interior y se abran a redefinir y negociar las condiciones de pertenencia.

Hoy en día, entender lo que pasa es una tarea más revolucionaria que agitarse improductivamente, equivocarse en la crítica o tener expectativas poco razonables. La

política no puede seguir siendo lo que afirmaba Groucho Marx, el arte de hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados. Una nueva ilustración política debería comenzar desmontando los malos análisis, desenmascarando a quienes prometen lo que no pueden proporcionar, protegiéndonos tanto de los que no saben nada como de quienes lo tienen todo claro. Nunca fue más liberador el conocimiento, la reflexión, la orientación y el criterio.

Con este libro continúo de alguna manera las reflexiones que hice en *La política en tiempos de indignación* (Galaxia Gutenberg, 2015). Son reflexiones al hilo de los acontecimientos que vivimos y que nos han llevado de la indignación a la perplejidad, sin que, por cierto, deje de haber motivos para abandonar aquélla. En la primera parte tomo nota de una serie de asuntos que parecen haber acabado con nuestras certezas, como la irrupción de acontecimientos políticos imprevistos que nadie había sido capaz de pronosticar. No tiene nada de extraño que, en un horizonte de inseguridad, se haya debilitado también la voluntad, sustituida por dos posibilidades que son igualmente apolíticas: el imperativo de adaptarse a lo que hay o la apelación a oponerse en cualquier caso. También se han debilitado los hechos en eso que viene llamándose «posverdad» y que ha dado lugar a una verdadera explosión de las teorías conspirativas porque, como se sabe, cuando los hechos son débiles las fabulaciones resultan irresistibles. Aquí se inscriben la actual crisis del periodismo y su verdadera necesidad: ayudarnos a sobrevivir en medio de un marasmo de informaciones que nos desorientan más que otra cosa. No es extraño, por tanto, que de este desconcierto no pueda librarnos el recurso a unas élites cuya perplejidad no es menos vulnerable a la incertidumbre general. Y éste es también el contexto en el que el análisis de los datos y la medición de la sociedad se han convertido en un recurso tan prometedor como limitado.

En la segunda parte del libro analizo lo que podríamos llamar la dimensión sentimental del asunto. El desconcierto

no es sólo algo que afecte al conocimiento, sino también a las emociones, tal vez hoy más revueltas que nunca. Del mismo modo que lamentamos la escasa regulación de los mercados, podemos constatar también que nuestros sentimientos flotan sin ningún anclaje institucional dando lugar a sociedades exasperadas, ansiosas e irritables. Cuando todo se convierte en impredecible, inestable y sospechoso surge la nostalgia de las pasiones tranquilas y se plantea con especial inquietud el problema de en quién confiar, cómo recuperar alguna referencia que nos permita orientar nuestros conocimientos y emociones.

La tercera parte tiene por objeto analizar hasta qué punto continúan siendo válidas algunas de las categorías que, por su forma binaria –nosotros y ellos, populismo y antipopulismo, la gente y la casta, el poder y la impotencia, los hombres y las mujeres, la derecha y la izquierda...– han tenido hasta ahora una función clarificadora. Todo esto se ha llenado de paradojas y hoy parece que resulta muy difícil saber quiénes son de los nuestros, cómo repartir la culpabilidad y la inocencia, por qué no ser un populista no le convierte a uno en un antipopulista, cómo se explica que un país pueda ganar soberanía y perder poder, por qué es tan complicado saber quién manda aquí o cuál es la razón de que la propuesta de una feminización de la política haya sido tan insuficiente.

La victoria de Donald Trump es una de esas cosas improbables que terminaron sucediendo en el año 2017 y a la que dedico una atención específica en la cuarta parte. Que algo fuera improbable o que la mayor parte de los pronósticos se equivocaran no quiere decir que no sea posible, retrospectivamente, tratar de explicar por qué pudo suceder. Determinadas transformaciones políticas, del sistema económico y de la cultura pueden ayudarnos a entender por qué terminó ocurriendo lo que parecía imposible que sucediera.

De lo que deberíamos hacer me ocupo en la quinta parte. Mi tesis fundamental es que nuestra ocupación fundamental debería ser el diseño de sistemas inteligentes y no tanto una

especie de *casting* para dar con las personas más inteligentes. Son los sistemas, estúpido, podríamos decir modificando aquella célebre frase de Bill Clinton. Hay que diseñar los sistemas políticos de manera que los malos gobernantes no hagan demasiado daño, del mismo modo que el mejor aprendizaje que podemos obtener de los fracasos de nuestras tecnologías es que deberían estar configuradas para que equilibraran la docilidad a nuestras órdenes con la resistencia frente a ellas. Gobernar entornos de elevada complejidad nos sitúa así ante una dificultad con la que hasta ahora apenas habíamos contado: no lo haremos bien mientras no aprendamos a gestionar nuestra ignorancia, hasta que no sepamos qué hacer con lo que no sabemos.

En la última parte del libro trato de decir algunas cosas acerca de lo que nos espera, del futuro, y del modo como hemos de relacionarnos con él. Interrogarse acerca del futuro es una tarea tan necesaria como imposible. Una de las más inquietantes paradojas de nuestra sociedad acelerada es que no podemos hacer nada sin anticipar un futuro que es prácticamente impredecible. Tampoco sabemos muy bien en qué consiste cambiar el mundo ni si somos nosotros quienes, en el mejor de los casos, lo cambiamos o si es el mundo el que nos cambia imperceptiblemente. Y concluyo que, pese a todo, hemos de ser optimistas, no tanto como un imperativo moral, sino por razones de tipo cognitivo. El pesimismo requeriría más razones de las que tenemos.

Termino este libro cuando finaliza mi etapa de profesor en la Universidad de Georgetown, donde he disfrutado de la Cátedra Davis de Estudios Interculturales. Parte de lo que he escrito aquí lo discutí con alguno de mis colegas y con mis estudiantes de la asignatura «Problemas de la democracia contemporánea». No han faltado este tipo de problemas en el primer periodo de gobierno de Trump, que viví –o padecí– con especial intensidad. De mis colegas y estudiantes en este tiempo he recibido lecciones de hospitalidad y también de civismo a la hora de enjuiciar la situación de la política en aquel país y en general. Cuando uno pasa un largo

periodo en otro país vive dos experiencias muy interesantes: comprueba qué distintas son nuestras respectivas culturas políticas y, al mismo tiempo, se da cuenta de hasta qué punto tenemos problemas muy similares.

Washington, 23 de noviembre de 2017,
día de Acción de Gracias

I

EL FINAL DE LAS CERTEZAS

Que nos han abandonado algunas certezas es algo que puede comprobarse comparando nuestras previsiones y lo que realmente ha sucedido: o si consideramos la seguridad de la que han disfrutado muchas generaciones y civilizaciones menos informadas que la nuestra, con una tradición más rígida que compensaba la escasez de libertad con una orientación aplastante. Cuando uno está bien equipado en cuanto a la certidumbre corre el riesgo de acabar en el fanatismo; el riesgo mayor de quien está perplejo es ajustarse a lo políticamente correcto y poco más. También hay desconcierto en relación con qué debemos hacer con aquello poco de lo que estamos seguros; hay incertidumbre teórica y también incertidumbre de la voluntad: apenas conocemos la realidad y tampoco sabemos muy bien si es algo a lo que hay que adaptarse o que debe combatirse. Hechos, teorías, relatos y expectativas tienden a mezclarse y generar confusión. ¿Qué tienen en común la llamada posverdad, el desprecio hacia los hechos y la facilidad con que nos rendimos a las teorías conspirativas cuyo principal defecto es que explican demasiado? Todo ello delata lo desconcertados que estamos, algunos más que otros, no tanto porque sepan menos, sino porque, como en el caso de las élites, se supone que tienen mayores posibilidades y responsabilidad de saber más. Si el viejo Aristóteles sigue teniendo razón y es verdad aquello de que los humanos deseamos saber, no hemos cejado en nuestro combate contra la perplejidad y a ello responden algunos de nuestros in-

ventos para recuperar la certeza, como el periodismo, el cálculo o la medición de la sociedad, en los que se refleja la grandeza de nuestro empeño y su limitación.

I

Cuando ocurre lo improbable

Cada vez tenemos más la sensación de que en política cualquier cosa puede suceder, de que lo improbable y lo previsible ya no lo son tanto. Este tipo de sorpresas no serían tan dolorosas si no fuera porque ponen de manifiesto que no tenemos ningún control sobre el mundo, ni en términos de anticipación teórica ni en lo que se refiere a su configuración práctica.

Desde el Brexit hasta Donald Trump, 2016 fue un mal año para las previsiones. La mayoría de los expertos apostaban a que la mayor parte de los británicos votaría por la permanencia, que un candidato como Trump no sobreviviría a las primarias, que el populismo y la extrema derecha habían alcanzado su techo. El resultado es bien conocido: se impuso el Brexit, ganó Trump, Matteo Renzi perdió un importante referéndum constitucional (diseñado, como todos, para ganar), los austríacos estuvieron a punto de elegir a un presidente de extrema derecha, cuya versión alemana alcanzaba el 14% en las elecciones regionales (y al año siguiente entraría por primera vez en el *Bundestag*). Hay otros ejemplos de democracias cada vez más frágiles, incluso dentro de la Unión Europea, como Hungría y Polonia, al tiempo que aumenta la relevancia geopolítica de la Rusia de Vladímir Putin.

Estamos en una época cuya relación con el mañana alterna brutalmente entre lo previsible y lo imprevisible, donde se suceden las continuidades más insoportables (de la injusticia, el estancamiento económico y la irreformabi-

lidad de las instituciones) con los accidentes (como resultados electorales que nadie había previsto o la escalada de ciertos conflictos). Hace no muchos años el debate era si los cambios se producían en nuestras sociedades mediante la revolución o la reforma. Actualmente, el cambio no se produce ni por lo uno ni por lo otro, ése ya no es el debate, sino por un encadenamiento catastrófico de factores en principio desconectados.

Lo que convierte a la política en algo tan inquietante es el hecho de que sea imprevisible cuál será la próxima sorpresa que la ciudadanía está preparando a sus políticos. Nadie sabe con seguridad cómo funciona esa relación entre ciudadanos y políticos que se ha convertido en una auténtica «caja negra» de la democracia. Reina en todas partes una medida excesiva de azar y arbitrariedad.

¿Cómo hacer previsiones cuando no estamos en entornos de normalidad y nada se repite? La repetición de los procesos es uno de los procedimientos más importantes para determinar la fiabilidad de los conocimientos y las observaciones sobre la realidad. Ahora bien, la mayoría de los procesos democráticos del pasado reciente habrían dado un resultado completamente distinto si se hubieran podido repetir. Esto vale tanto para el Brexit como para las recientes elecciones americanas. Y, si ciertos partidos hubieran podido anticipar los resultados electorales, seguramente David Cameron no habría convocado el referéndum europeo, y François Fillon, Hillary Clinton, Benoît Hamon o Jeremy Corbyn no volverían a ser candidatos.

Toda esta incertidumbre plantea especiales desafíos a las ciencias que se ocupan de la interpretación de los asuntos políticos. En primer lugar, se requiere una reflexión acerca de la metodología de las encuestas que infravaloran las posibilidades de éxito de candidatos que, como Trump, rompen las reglas más elementales de la competición electoral con una campaña tóxica en la que se insulta a casi todos los posibles grupos de referencia (mujeres, emigrantes, veteranos de guerra...). La capacidad predictiva de las encuestas

exige valorar mejor las actitudes y el comportamiento de los votantes. En una época de menor militancia en los partidos y gran volatilidad hay que tomar más en serio los márgenes de error. Las regularidades de la democracia representativa tal y como la conocemos –especialmente, la política de clases– parecen haberse roto (la expectativa, por ejemplo, de que los trabajadores voten a la izquierda, como, en buena manera, ha dejado de suceder en Estados Unidos, Francia e Inglaterra). Ha llegado el momento de reflexionar con mayor sutileza acerca de ciertos desplazamientos tectónicos que están teniendo lugar en nuestras sociedades y medir mejor esas tendencias.

La segunda advertencia que deberíamos tomar en consideración es no subestimar la fortaleza de lo que aborrecemos. Uno trata de ser objetivo y de argumentar sobre la base de evidencias, pero también los científicos sociales son humanos y tienen opiniones o preferencias, menos fáciles de contener cuando estamos ante situaciones de especial dramatismo. Ni siquiera en estos casos deberíamos permitir que nuestras preferencias se conviertan en prejuicios. Muchos de los que votaron por el Brexit o por Trump lo hicieron sobre la base de razones y, por mucho que nos parezcan malas decisiones, no deberíamos dejar de analizar los factores que llevaron a tanta gente a votar de ese modo.

La tercera reflexión es que necesitamos nuevos conceptos para entender lo que está pasando. ¿Qué significa el término *establishment* cuando todos los políticos han hecho su carrera despotricando del *establishment* del que proceden y al que siguen representando? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de populismo y bajo este término englobamos a políticos tan dispares como Donald Trump, Beppe Grillo, Alexis Tsipras o Marine Le Pen? ¿Alguien sabe exactamente qué es lo que quieren conservar los conservadores y hacia qué futuro pretenden dirigirnos los progresistas? Estamos utilizando términos huecos («significantes vacíos» los llaman quienes aspiran a obtener alguna

ventaja de esta resignificación) y esta vacuidad pone de manifiesto qué poco entendemos lo que está pasando. Necesitamos urgentemente nuevos conceptos para entender las transformaciones de la democracia contemporánea y no sucumbir en medio de la incertidumbre que provoca su desarrollo imprevisible.